

quejar sucesos todavía más tristes que los que acaban de leerse, resumamos lo acaecido en la Península durante dos años. Ya se ha visto en el libro cuarenta de la presente historia, cómo fracasó la campaña de 1810; cómo en esta época, con la idea juiciosa de emplear todas sus fuerzas disponibles en España, para resolver la cuestión europea que él mismo había allí trasladado, con la idea no menos juiciosa de dirigir su principal esfuerzo contra los ingleses, cedió Napoleón á desviarse de su objeto por virtud de las instancias de José y del mariscal Soult, consintiendo en la expedición de Andalucía, la cual produjo la dispersión de ochenta mil soldados, los más aguerridos que en la Península había entonces; cómo Massena, enviado á Lisboa con setenta mil combatientes, reducidos á cincuenta mil por las circunstancias locales, halló delante de Torres-Vedras un obstáculo casi insuperable, que pudiera vencer á pesar de todo con un refuerzo de veinticinco mil hombres procedente de Andalucía, con un socorro semejante procedente de Castilla; cómo el mariscal Soult no pudo, ni quiso prestarle este socorro; cómo el general Drouet no pudo tampoco; cómo Napoleón arrebatado por una versatilidad desastrosa hacia otros designios, le negó los cincuenta mil hombres que lo hubieran decidido todo; y cómo en fin una campaña, que debiera descargar el golpe mortal sobre los ingleses, fué desgraciada para nosotros y consumió inútilmente los ciento cincuenta mil hombres enviados después de la paz de Viena. Sin duda estas relaciones aflictivas se hallan grabadas en la mente de cuantos han leído esta historia. No son menos dolorosas ni menos significativas las relaciones de fines de 1812, según se demuestra en el libro presente.

Puesto que desde mediados de 1811 estaba Napoleón resuelto á llevar sus ejércitos y su persona al Norte, es decir, á Rusia, hubiera debido contentarse en el Mediodía, es decir, en España, con una defensiva imponente hasta que por sí mismo lo decidiera todo entre el Vístula y el Borístenes, si es que podía terminar algo en aquellas regiones.

Dejando al mariscal Suchet en Aragón y en Cataluña sin concederle nuevas fuerzas, bien que sin imponerle ninguna nueva tarea, este, sobre todo después de la conquista de Tarragona, quedara dueño pacífico é indisputable de estas provincias; dejando al mariscal Soult en Sevilla, al mariscal Marmont junto al Tajo, sin obligarles á ninguna traslación de fuerzas hacia Valencia, con orden á uno y otro de correr sobre Badajoz al primer peligro, según lo habían hecho ya con éxito venturoso; dando además al mariscal Marmont la facultad de atraer á sí el ejército del Norte, é incorporándose exclusivamente la mayor parte de la reserva, es probable que se inutilizaran por largo tiempo los esfuerzos de los ingleses contra Badajoz y Ciudad Rodrigo, y se redujera á lord Wellington, quizá durante un año, á una inacción embarazosa para él ante la opinión pública de su patria. Pero no queriendo renunciar á cosa alguna, y aspirando, mientras se preparaba la gigantesca expedición de Rusia, á dar vivo impulso á los asuntos de España, lisonjeándose de adelantarlos mucho en el otoño y en el invierno de 1811, al ordenar la expedición sobre Valencia renovó Napoleón la falta cometida al permitir la expedición de Andalucía: condenó al mariscal Suchet á extenderse sin reforzarle, y mientras por un momento

hacía convergir á él todas las fuerzas disponibles, siempre alerta lord Wellington se apoderaba de Ciudad Rodrigo, y nos cerraba la Beira al par que se abría la Castilla. No dejó el mariscal Marmont de correr sobre Ciudad Rodrigo, pero, obligado á juntar sus fuerzas dispersas hasta las cercanías de Alicante, llegó muy tarde, y este único trofeo de la campaña de Portugal nos fué arrebatado. Quedaba aún Badajoz, trofeo también único de la campaña de Andalucía, si bien nos lo debía hacer perder igual causa. Obligado Napoleón, más pronto de lo que al principio supuso, á llamar de España á su guardia, á los polacos, á los dragones, á los cuartos batallones, y atrayéndolo todo hacia el Norte de la Península, con el fin de poderlo atraer todo al Norte de Europa, llevó á Marmont de las márgenes del Tajo á las del Duero, le fijó allí, y de esta suerte descubrió á Badajoz, de cuya plaza se apoderó Wellington siempre en acecho, como se había apoderado de Ciudad Rodrigo, aprovechándose del vacío dejado delante de esta plaza por nuestros falsos movimientos. Así, para tomar á Valencia, que nos debilitaba obligándonos á extendernos, se perdieron Badajoz y Ciudad Rodrigo, único fruto de dos arduas campañas, único obstáculo formal que se podía oponer á una marcha ofensiva de los ingleses. Tal era, tal debía ser el resultado de este modo de mandar desde lejos, de mandar pensando en otra cosa, y de no dedicar á cada objeto más que la mitad de los recursos y de la atención que fueran menester para el buen suceso.

Ya estas faltas cometidas, véase lo que era de España. En Valencia permanecía el mariscal Suchet con medios tasados para contener el país, pero sin ninguno para operar á la más mínima distancia: se hallaba el mariscal Soult cabalmente en el centro de Andalucía con una fuerza insuficiente para tomar á Cádiz y en la impotencia de presentar batalla á los ingleses, si éstos, después de la toma de Badajoz, querían marchar en contra suya, lo cual á pesar de todo no era muy probable: finalmente el mariscal Marmont hacia el Norte, por donde en realidad querían descargar un golpe decisivo los ingleses, ora sobre Madrid, ora sobre la línea de comunicación de los ejércitos franceses, privado de Ciudad Rodrigo, si José, si el general Caffarelli le reforzaban en tiempo oportuno podía presentar cuarenta mil hombres á lord Wellington que tenía sesenta mil. Véase el punto á que habían llegado las cosas de España, después de enviar allí ciento cincuenta mil hombres de refuerzo en 1810, cuarenta mil hombres de buenas tropas y veinte mil quintos en 1811, sin contar más de cuatrocientos mil hombres que entraron en la Península desde 1808 hasta 1810. De estos seiscientos mil hombres sólo sobrevivían la mitad de ellos, los cuales podían suministrar á lo sumo ciento setenta mil soldados en estado de obrar activamente, y por último conviene añadir que de estos ciento setenta mil soldados, operando con acierto, sólo cuarenta mil estaban prontos á cubrir á Madrid y á Valladolid, esto es, la capital y nuestra línea de comunicaciones.

Habiendo aprendido Napoleón por numerosas experiencias la dificultad de mandar bien desde lejos, á la hora de abandonar á París, tomó el partido de conferir á José el mando de todos los ejércitos que militaban en España, sin prescribirle á pesar de todo la única conducta que hubiera podido salvarlo todo, la de dejar al

mariscal Suchet en Valencia, puesto que estaba allí, y replegar el ejército de Andalucía sobre el Tajo, unirle al ejército de Portugal bajo una mano, establecer estos ejércitos, que juntos presentaban una masa compacta de ochenta mil hombres, en una posición bien escogida, desde donde pudieran trasladarse hacia Madrid ó Valladolid al primer peligro, según la marcha adoptada por los ingleses. Pero Napoleón se contentó con dar á todos la orden de obedecer á José, sin saber cómo el mariscal Suchet, habituado á gobernarse por sí solo en el territorio de su mando y á gobernarse perfectamente, cómo el mariscal Soult, resuelto á reinar exclusivamente en Andalucía, cómo el mariscal Marmont, no habiendo dejado de estar en disputa con la corte de Madrid sobre los intereses del ejército de Portugal, podrían ó

querrían conducirse respecto de esta autoridad de José, tan largo tiempo denegada, objeto de mofa, desconceptuada por Napoleón mismo, y proclamada en el último instante como un remedio extremo, en el cual había que cifrar de súbito una esperanza que jamás había inspirado. Llamado el mariscal Jourdan á ser jefe de estado mayor de José, compuso sobre esta situación una memoria llena de razón y de sensatez, que revelaba todos los inconvenientes que acabamos de señalar, y fué enviada á París.

Antes de decir cómo fué contestada por Napoleón, y, lo que es más grave, por los sucesos, menester es trasladarnos al Norte, hacia aquel otro abismo donde Napoleón, arrastrado por su genio fogoso, se iba á hundir con su fortuna y desgraciadamente con la de Francia.